

Lo invisible en lo visible. El poeta como claro del mundo en la poesía de Juan Ramón Jiménez

ANTONIO GUTIÉRREZ-POZO

§1. Introducción: el mundo como vaciedad y la subversión poética

Juan Ramón expone que desde muchacho experimentó que «el mundo estaba vacío» (Jiménez 1929, p. 168), que la existencia era una cosa absurda y sin razón: «A mí la vida me parece una cosa estúpida y sin sentido» (Jiménez 1911a, p. 81). El mundo —y la vida que en él se despliega— en su pura realidad material, visible e inmediata es algo efímero e insuficiente. Esta comprensión juanramoniana del mundo tiene un fundamento claramente platónico. No olvidemos que Juan Ramón confesó a Cernuda que «soy, fui y seré platónico» (1943, p. 60). Efectivamente, Juan Ramón considera haber experimentado poéticamente *allí* la verdad, el infinito, para luego ser desterrado al *aquí* de lo visible, finito e inmediato:

Yo vine del allí libre
y estoy preso en este aquí;
antes yo era lo infinito
que hoy no sé ya concebir;
soy sólo el que considera,
sin comprenderlo, aquel sí
que fue y que ahora es el no.
... Y lo que iba a decir:
morirme es volver a ser
lo infinito que ya fui,
ser lo que ya no comprendo (Jiménez 1951-54, p. 234).

Impregnado de platonismo, Juan Ramón concibe este mundo de *aquí* como lugar donde la verdad se pierde. Tras esta pérdida, este mundo se le aparece a Juan Ramón como un desierto de insignificancia porque —platónicamente— ha olvidado aquel tesoro de sentido verdadero al que un día tuvo acceso: «Yo (dije) tenía ya la verdad. De pronto entró alguien, habló de lo otro, y la verdad se me escapó a su mundo del olvido. Ahora

yo no puedo, con mi pobre memoria, recordar mi verdad. Pero sé que vivo en la mentira» (Jiménez 1954a, p. 328). Draus-Klobucka se ha referido a «lo huidiza que es la verdad» en Juan Ramón (2017, p. 164). Esa verdad fugaz, esquiva y olvidada tiene cierto parecido con el «himno gigante y extraño» que Bécquer decía ‘saber’ —intuir, vislumbrar—, y para el que «no hay cifra capaz de encerrarlo» (1868, p. 62). En aquella mentira, el mundo se le presenta como pura materialidad, como un simple estar ahí sin sentido. Urge recuperar aquella verdad del olvido para que ilumine el mundo. La verdad, el sentido, solo podrán rescatarse en el mundo mediante un acto especial, subversivo y visionario. No otra cosa es la poesía. Esa recuperación, en clave platónica, será un momento de fugaz revelación de verdades ya ‘sabidas’, como «un instante sentido ya otras veces, vivido en otras vidas, pero del que el recuerdo no conserva forma ni color» (Jiménez 1903-16, p. 55). En este trabajo pretendemos describir esta tarea de restablecimiento y desvelación en que consiste la poesía juanramoniana hasta llegar a la comprensión del ser humano (poeta) como claro donde se manifiesta la verdad y el sentido perdidos.

§2. Pasión por lo invisible

Siempre en clave platónica, Juan Ramón considera que este mundo ya dado no se acaba en su inmediatez visible. Realmente, en primer lugar, el mundo es fragmento, siempre le falta algo invisible, algo por ver en lo visible, en el sol de cada día:

¡Cosas que me has de alumbrar
—vistas siempre, sin ser vistas—;
cosas que tengo de ver
en ti, sol de cada día! (Jiménez 1917-24, p. 95).

Más allá —o más acá— de lo inmediato y perceptivo que nos rodea, el mundo es más que lo visible y manifestado hasta ahora. Gullón confirma que Juan Ramón reconoce dos planos en el mundo, el de «la hermosura visible que le hechizaba —lo mágico— y el de la realidad encubierta por aquella —lo doliente», y que «la comunicacion entre ellos es constante y por todos los poros; resulta facil, por eso, mezclar uno y otro» (Gullón 1960, p. 113). Juan Ramón no concibe la poesía si no es como búsqueda de lo invisible, misterioso e incalculable: «Yo vi por ti / lo no visto por nadie ni por mí / [...] lo imposible deseado / en su entreabierta invisibilidad!» (Jiménez 1917-24, p. 214). Blasco señala que la poesía, como la mística, «tienden un lazo de lo visible a lo invisible» (1981, p. 112). Juan Ramón entiende la poesía realista como aquella que se instala en lo visible y medible, pero la verdadera poesía busca siempre lo que está más allá de lo que se puede calcular: «Hay poetas realistas y alegres que dan en el blanco. En un blanco que es siempre visible o calculable. El poeta auténtico aspira a lo incalculable y lo invisible [...] La poesía no es cosa de tiros» (Jiménez 1936-49, p. 610).

El poeta representa la esencia del ser humano como un ser idealista, como eterno descontento con lo visible, y solo así podrá hacer poesía de lo invisible que presente y vislumbra:

Si el poeta (el hombre) se contenta con la realidad visible para su canto exaltado, no pasará de ahí, esa realidad es su vida. Si piensa y sueña y espresa otras realidades las invisibles, que él clarivé, su espresión, su pensamiento, su sueño quizá las cuaje (Jiménez 1936-49, p. 550).

El lema del poeta para Juan Ramón es «más allá, más allá, más allá siempre» (1917-24, p. 203). La poesía juanramoniana expresa ejemplarmente la pasión por lo invisible, lo eterno y lo infinito invisible que define al poeta, al ser humano en definitiva. Se define a sí mismo como un «ansioso de la eternidad» (Jiménez 1943, p. 59), como un «soñador de lo infinito» (Jiménez 1903-16, p. 81). El vínculo eternidad/belleza es obvio en la poética juanramoniana: «Solo en lo eterno podría / yo realizar esta ansia / de la belleza completa» (Jiménez 1923-36, p. 78). La experiencia poética de Juan Ramón está atravesada, en palabras de Rey (2017, p. 59), por un «anhelo creciente de totalidad», incluso una «angustia dominadora de eternidad». En este sentido hay que entender el *idealismo* de la poesía juanramoniana, como trascendencia de la realidad puramente presente y medible hacia lo invisible. Para Juan Ramón, «sobre la realidad visible existe una realidad invisible para la que todos somos ciegos, excepto el poeta» (Piedra 2005, p. 930).

§3. En el fondo invisible está la verdad

En segundo lugar, ese lado invisible es el fondo de las cosas, su esencia, lo que le da sentido al mundo, y ese es el objeto de la poesía juanramoniana: «Yo quiero siempre los fondos de hombre o cosa. El fondo me trae la cosa o el hombre en su ser y estar verdaderos» (Jiménez 1987, p. 56). No olvidemos que el propio Juan Ramón subrayó su voluntad de fondo: «Soy animal de fondo de aire» (1949, p. 1018). Juan Ramón siente su ansia de fondo profundo y esencial del mundo como un destino al que está llamado:

Yo sé bien que fui creado
para lo hondo y lo alto,
que vivo en una estación
en la que solo el amor
puede enardecer el ansia
de la profundidad alta (Jiménez 1936-42, p. 57).

La poesía, «luz de nuestra propia clarividencia» (Jiménez 1936-37, p. 60), es la encargada de penetrar en lo visible y traernos noticias en su peculiar lenguaje de esa otra dimensión invisible:

Hablaba de otro modo que nosotros
 todos,
 de otras cosas de aquí, mas nunca
 dichas
 antes que las dijera ella (Jiménez 1917-24, p. 83).

La misión asignada por Juan Ramón a la poesía es «desvelar nuevas regiones misteriosas ocultas tras la realidad aparente» (Del Olmo 2009, p. 101). Para llevarla a cabo necesita un habla propia, porque no se puede hablar de la misma forma de lo visible/patente y de lo invisible/latente.

La poesía busca el fondo invisible (de aire) de las cosas porque en él está la verdad esencial que pretende, de manera que la poesía aspira a ser el conocimiento más verdadero. Juan Ramón había leído en Novalis (1798, p. 647) que «la poesía [*Poesie*] es lo absolutamente real [*Reelle*]», de modo que «cuanto más poético [*poetischer*], más verdadero». Como poeta, Juan Ramón dice —*a-clara*, como veremos— la verdad del mundo, pero solo para quien pueda captarla: «Yo no hago el frasco, ni la esencia en el frasco; yo hago la esencia. El que pueda, que la coja» (Jiménez 1943, p. 60). Esta es «la marca inequívoca de la gran poesía», asegura Juan Ramón (1929-36, p. 456), «su instantánea comunicatividad de lo profundo». En la época de la razón científica, solo el arte y especialmente la poesía perviven como refugio del fondo verdadero e invisible de las cosas: «El secreto del mundo lo revelará la música, la pintura o la poesía» (Jiménez 1920-50, p. 4). Para Juan Ramón, escribe Rey, el poeta es «cavador del secreto de lo real», de modo que «la poesía fundará la verdad» (Rey 2017, pp. 64, 59). Según Blasco, el «ideal juanramoniano de claridad y sencillez expresiva», lejos de «crear enigmas», pretende «revelar secretos» (Blasco 1981, p. 188). Esta vertiente invisible de las cosas que Juan Ramón llama también ‘sombra’ «tiene muchas veces más realidad, realidad superior que las cosas y los seres mismos» (1929-36, p. 395). Lo que se nos da sin más, lo visible, es la cosa, y la sombra, lo invisible, es su ser íntimo, su sentido: «La sombra de un ser o una cosa contiene todo lo interior, lo íntimo de esa cosa o ese ser» (Jiménez 1929-36, p. 407). Resulta evidente que esta faceta invisible no es simple adorno añadido, sino que, en palabras de Blasco (1981, p. 238), «el secreto que envuelve a todas las cosas constituye una dimensión ontológica de la realidad». Por tanto, este aspecto invisible y desconocido es considerado por Juan Ramón como un «potencial campo de expansión de lo real» (Blasco 1981, p. 238), y su inclusión en el mundo supone una ampliación ontológica de sus límites.

§4. La gloria secreta de la vida

Efectivamente, en tercer lugar, la dimensión invisible de la realidad donde se localiza el sentido está —oculta— en ella misma. «La vida está llena de gloria secreta», escribe Juan Ramón (1914, p. 84), y añade: «Nadie sabe la virtud que cada cosa lleva en sí» (Jiménez

1916-23, p. 39). Secretamente laten en lo visible tesoros de sentido que esperan ser extraídos:

Riqueza de la noche,
 ¡cuántos secretos arrancados
 de ti, cuántos por arrancarte [...]
 ¡Oh, goce inenarrable,
 hundir la mano en tus entrañas,
 remover tus estrellas!
 Y ... ¡luminosos roces
 de otras manos que buscan sus tesoros! (Jiménez 1918, p. 29).

El sentido invisible y finalmente misterioso e inefable no está platónicamente en otro mundo, sino que son las cosas de este mundo las que quieren decirlo: «¿Qué ser de la creación sabe el misterio? / el pájaro, la flor, el viento, el agua? / Todos están queriendo decirme lo inefable» (Jiménez 1917-24, p. 164). Lo invisible solo está en lo visible, de forma latente. El poeta anhela captar ese misterioso tesoro de sentido que, como un infinito, yace en la finitud pasajera de las cosas pequeñas del mundo:

¡Quién te cojiera, vida, ese pequeño
 jesto sutil, ese lijero
 secreto, ese misterio
 fugaz, que [...]
 fuera, en tu toda tú, infinito,
 tu único tesoro (Jiménez 1917-24, p. 185).

El legado que debe dejar el poeta auténtico según Juan Ramón es el infinito que, como un trasmundo invisible, late en lo visible: «Y cuando te vayas lo que tú dejes en el mundo es un más allá del mundo, es un infinito para ti que te finiquitas» (Jiménez 1936-49, p. 592). Se trata entonces de volver a mirar el mundo visible, pero ya desnudo de construcciones humanas, de prejuicios, para verlo en su pureza y poder acceder a su invisibilidad infinita. La meta es, sostiene Blasco, «ver el mundo con ojos nuevos» (1981, p. 324). De acuerdo con aquellos dos planos de realidad que defendía Gullón en la poética juanramoniana, Serrano confirma que en lo existente hay dos polos, «el mundo finito y material» y «el mundo inmaterial, infinito», y que «Juan Ramón Jiménez intenta aunar esas dos polaridades antagónicas [...] acercando el infinito a la materialidad cotidiana» (Serrano 1983, p. 539). Alejándose del platonismo, Juan Ramón cuando considera lo finito mundano como el traslucirse de una infinitud intramundana, no trasmundana, y de la cual recibe su sentido aquella finitud. Lo infinito se localiza en lo finito cotidiano.

En las cosas del mundo está de forma secreta toda la verdad de lo real:

Cuando nos representamos los elementos de la naturaleza, tierra, aire, fuego, agua, nos parece como si ellos lo supieran todo, como si fueran reserva, inmanencia secreta y total. Y cuando nos vamos a escucharlos, a sorprenderlos, creemos que vamos a tener la suprema sabiduría (Jiménez 1942a, p. 204).

Ese ámbito de invisibilidad que late en la finitud del mundo visible será llamado por Juan Ramón ‘belleza’, ‘infinitud’, y también ‘eternidad’. Esta invisibilidad bella, por ser infinita, comprende todo lo existente: «La realidad invisible es tan bella, que lo absorbe todo» (Jiménez 1916a, p. 201). Al tiempo, esta infinitud bella es la «belleza diaria no sabida» que se oculta en todas las cosas, incluidas las feas (Jiménez 1917-24, p. 126). De ahí la confesión juanramoniana: «He intentado comprender la verdad y la belleza, la belleza verdadera, esa belleza que está en todo, en lo llamado bello y lo llamado feo» (Jiménez 1942b, p. 323). Solo hay entonces este mundo visible, finito y sin sentido, feo en su inmediatez, pero, al tiempo, bello él mismo como posibilidad invisible: «Ya no hay más que lo que hay; / mas lo que hay, ¡es tan bello!» (Jiménez 1918-24, p. 139). Esa posibilidad (germen) invisible de sentido solo se verifica mediante la palabra poética: «Todo lo que es hermoso tiene un germen de eternidad, y queda [...] pero queda solo si se transforma en palabra» (Pau 2000, p. 97). La belleza del mundo explica por qué Juan Ramón está tan a gusto con las cosas, porque ellas nos abren el sentido en forma de *fugaces estrellas*. Alejadas de las turbulencias del espíritu humano, «qué quietas están las cosas / y qué bien se está con ellas [...] qué respeto por la idea; / cómo miran, estasiadas, / el ensueño que uno sueña», para finalmente invocarlas: «¡Cosas —amigas, hermanas, / mujeres—, verdad contenta, / que nos devolvéis, celosas, / las más fugaces estrellas»: (Jiménez 1906-07, pp. 67s). Es natural entonces que el poeta se grave eróticamente hacia las cosas: «Los ojos se me cuelgan, tristes, / de las cosas ... / ¡Y qué dolor cuando me tiran de ellos!» (Jiménez 1916b, p. 122).

§5. La literatura temporaliza y la poesía eterniza el instante

Para Juan Ramón, «no hay que atender a lo actual, sino a lo eterno» (1920-50, p. 81). Por eso, confiesa, «quisiera que mi libro / fuese, como es el cielo por la noche, / todo verdad presente, sin historia» (Jiménez 1918, p. 144). Pura eternidad. Pero esto no implica en absoluto olvidarse de lo visible, esto es, de lo mundano, finito e instantáneo. Lo que pretende es eternizar el momento: «Quiero hacer eternidad cada instante» (Jiménez 1919-29, p. 280). Juan Ramón se enfrenta al tiempo y su terrible e inevitable *pasar* que convierte todo en algo que fue, en pasado: «El tiempo y yo somos enemigos» (1919-29, p. 337). Esta es la preocupación de los «poetas esenciales», «salvar lo perdurable y esencial del seguro naufragio que es el azaroso existir temporal» (Alonso 1960, p. 294). En el fondo, como poeta esencial, Juan Ramón pretende «vengarse de la muerte» (Blasco 1981, p. 223). Y vence al tiempo y a la muerte que le sigue eternizando el presente que pasa y se va mediante la poesía: «¡Esta ansia de apurar / todo lo que se va; / de hacerlo permanente, / para irme de su siempre!» (Jiménez 1917-24, p. 133). En rigor, no

trasciende lo temporal, lo eterniza. Así es como vence a la nada a la que el pasar del tiempo condena todo lo que es: «Somos los vencedores de la nada» (Jiménez 1918-24, p. 135).

Ahora bien, eternizar el instante presente implica que la eternidad deseada por Juan Ramón está en el propio presente, no en un más allá platónico: «Yo soy un ansioso de la eternidad y la concibo como presente, es decir, como instante» (Jiménez 1943, p. 59). Verdaderamente, «la eternidad está, nada más, en el presente. Quien tiene el presente, tiene la eternidad» (Jiménez 1919-29, p. 336). Juliá considera el grandioso texto juanramoniano de *Espacio*, «un poema que arraigado en lo concreto alcanza el plano esencial» (Juliá 1988, p. 16), como un ejemplo de esta unión juanramoniana entre lo visible/finito/presente y lo invisible/infinito/eterno. Lo que hace Juan Ramón es «acomodar lo infinito al sentido diario de la vida» (Jiménez 1981, p. 223). Él mismo asume la «idea de T. S. Eliot de fundir lo metafísico con lo vulgar, lo diario con lo eterno, lo permanente con lo pasadero» (Jiménez 1942c, p. 206). La infinitud y la eternidad invisibles solo existen como finitud e instante visibles: «Cómo se agarra lo inmortal / a lo mortal que vuela; / cómo deja caer todo el tesoro / de sus invisibilidades» (Jiménez 1917-24, p. 158). De ahí esta declaración de Juan Ramón: «Actual; es decir, clásico; es decir, eterno» (1919-29, p. 157). El objeto de su poesía por tanto es desvelar el sentido eterno e infinito, la belleza que late invisible en la realidad finita, visible y presente. De este modo, advierte Juan Ramón, «mi poesía es la inefable presencia espresiva de lo distinto eterno en lo uno sucesivo» (1929-36, p. 467). La poesía se define por sus «entradas y salidas de lo temporal en lo eterno» (Jiménez 1940, p. 93).

Esta característica de la poesía, volcada sobre la belleza absoluta de lo eterno e infinito invisibles, permite a Juan Ramón distinguirla de la literatura, centrada en la belleza relativa del mundo visible y finito: «Por la literatura se puede llegar a la belleza relativa, pero la poesía está mucho más allá de la belleza relativa, y su espresión pretende la belleza absoluta» (Jiménez 1940, p. 79). Según Juan Ramón, explica Jensen (2012, p. 210), «la poesía aspira a lo eterno mientras que la prosa representa lo temporal». Juan Ramón sostiene que la poesía se mueve en el mundo visible exterior y que en su interior descubre su latente sentido eterno invisible, enlazando indisolublemente esos dos ámbitos: «Ve hacia dentro y camina hacia fuera, uniendo en su caminar y su ver el principio y el fin de la existencia: la eternidad» (Jiménez 1940, p. 93). En cambio, escribe Blasco siguiendo a Juan Ramón, «arraigada en lo temporal, la literatura no logra trascender sus límites históricos y culturales», y por ello «la literatura es un arte de espacio y tiempo limitados; la poesía lo es de la eternidad» (Blasco 1981, p. 281). En definitiva, como arte de lo temporal y visible, la literatura temporaliza mientras que la poesía, en tanto descubre lo eterno invisible en lo temporal visible, es un arte que eterniza el instante.

§6. El mundo como eterno juego de visibilidad e invisibilidad

Ahora bien, el manifestarse del mundo nunca es total, siempre queda algo invisible oculto. El desvelar es interminable porque la invisibilidad es inagotable e indecible, imposible de llevar totalmente a la visibilidad del decir. Pero esto equivale a afirmar que lo visible

mismo no se puede decir del todo, puesto que no olvidemos que lo invisible no está sino en lo visible. Por eso, escribe Juan Ramón, «nada del mundo puede ser comprendido del todo por todos los hombres y muchas cosas no son comprendidas por ninguno» (Jiménez 1954b, p. 392). Lo existente es «enigma eterno» (Jiménez 1903-16, p. 81). El mundo por tanto siempre se nos presenta como un juego perpetuo de evidencia y encubrimiento, un eterno binomio visible/invisible. El visibilizar supone un invisible, un invisible que es su opuesto, pero también su condición de posibilidad. El mundo como totalidad nunca podrá ser un ámbito terminado y definitivo de visibilidad, pues siempre quedará un resto de invisibilidad: «El todo no será conjunto cerrado» (Estrella 2013, p. 108). Lo invisible no puede ser plena y totalmente dicho y, según Coke-Enguíanos (1983, p. 152), «es este reino de lo inefable el que busca Juan Ramón». Este inacabable desvelamiento y, por tanto, la imposibilidad de la síntesis total entre lo visible/finito y lo invisible/infinito tiene tres consecuencias. La primera, expuesta por Blasco, es la existencia secreta en la poética juanramoniana de una permanente y «dolorosa aspiración de la materia por superar su contingencia», y, «al no ser posible esta superación, se origina el desgarró existencial y metafísico que testimonia la obra del poeta, esa lucha agrídulce entre lo finito y lo infinito» (Blasco 1981, pp. 222s). La segunda es que la poesía nunca se puede decir totalmente, pues su objeto, lo invisible, por mucho que quiera decirlo, no se deja hacer visible —decir— del todo. La comparación con la literatura, que atiende a lo visible y, por ello, decible, es lógica e inmediata: «Poesía es lo casi dicho, literatura lo dicho, retórica lo redicho» (Jiménez 1936-49, p. 580).

La tercera consecuencia es que la realidad que alberga ese invisible infinito indecible no solo es misteriosa; verdaderamente para Juan Ramón el misterio mismo no es otra cosa que la propia realidad: «¡No hay más misterio que la realidad, el presente, que la verdad!» (Jiménez 1921-26, p. 25). La existencia del misterio representa incluso para Juan Ramón el sustituto de dios. Refiriéndose a su sobrina Léontine, escribe que «no cree quizás en Dios alguno, pero acaso respeta el posible misterio» (Jiménez 1929, p. 233). Ahora bien, tengamos presente que para Juan Ramón el misterio es en gran medida patrimonio de la poesía: «La poesía es fatalmente sagrada, alada y graciosa y que su reino está en el encanto y el misterio» (Jiménez 1952, p. 289). Entonces, cabe decir que la poesía misma, como ámbito del misterio, se postula para ocupar el hueco que, en nuestro tiempo de positivismo y razón escéptica, ha dejado dios y reemplazarlo en su misión salvífica. Esta posición juanramoniana nos recuerda aquel conocido aforismo de Wallace Stevens (1934-40, p. 185): «Una vez abandonada la creencia en dios, la poesía es esa esencia que ocupa su lugar como redención [*redemption*] de la vida». Igual que no hay dioses sin misterio, el ser humano necesita la poesía para salvar la existencia —tan necesaria— del misterio y, con él, el hueco que dejaron los dioses. El ser humano es aquel ser que existe en relación con lo que le excede, con el misterio. No puede haber ser humano como tal sin misterio, sin lo que le sobrepasa.

§7. El idealismo poético juanramoniano

Ahora bien, la virtud o sentido invisible de las cosas no es concebible en la poética juanramoniana sin la participación del ser humano, especialmente del poeta.

Platónicamente, Juan Ramón concibe el mundo de entrada como un ámbito de falsedad y desorientación. En él, la verdad extraviada solo se puede recuperar mediante la praxis de salvación que representa la poesía. Sin el ser humano y la capacidad poética que lo define, el mundo no realiza su sentido y se reduce a caos: «El hombre es un ordenador foráneo del caos paternal y maternal» (Jiménez 1942d, p. 193). La belleza que contiene la realidad dormida, el sentido invisible que le falta al mundo, solo puede despertarlo y hacerlo explícito la poesía: «La tierra duerme. Yo, despierto, / soy su cabeza única» (Jiménez 1917-23, p. 91). Este es el origen de la escritura poética juanramoniana, la voluntad de trascender la indigencia mundana y existencial para desvelar su sentido invisible. La poesía juanramoniana consiste en búsqueda del trasmundo que late tras el mundo visible: «Yo miro detrás de la montaña. Y mi poesía ha de ser poesía de lo no visto» (Jiménez 1903, p. 60). Maurer sostiene que «el mundo tal como es no puede satisfacer nuestro anhelo innato de perfección: nos hace falta que el poeta nos haga probar algo mejor» (Maurer 2016, p. 67). Juan Ramón, afirma finamente Alarcón (2016, p. 833), «escribe porque vislumbra algo más allá de una vida que le parece insatisfactoria».

Con su imaginación, el poeta, confirma Juan Ramón, es quien potencia al mundo y lo salva de su insignificante y desoladora presencia material: «Idealista como soy, la vida no tiene otra importancia para mí que la que le doy con mis éxtasis y con mis ensueños» (Jiménez 1912a, p. 359). El idealismo platónico se transforma en Juan Ramón en un idealismo poético. La invisibilidad significativa ya no consiste en ideas preexistentes en un mundo inteligible. A pesar de su confesado platonismo, sostenemos, con Xirau (2001, p. 310), que «Juan Ramón no pensaba, como lo pensó Platón, en la existencia de un mundo trascendente de formas y esencias». Aquel sentido invisible y oculto no está en un más allá, en el *topos hyperouranos* platónico; está en las cosas, pero es sentido, intuido, por el poeta, de manera que su realización manifiesta depende ahora de la capacidad de la imaginación poética. El mundo trasciende lo visible y patente gracias al ser humano poético. En este sentido, el poeta crea mundo, lo aumenta, dilata sus límites mostrando algo de lo invisible e ignoto que contiene lo visible, pues, escribe Juan Ramón (1936-49, p. 551), «el soñar, el pensar y el espesar una realidad invisible ¿no son una verdadera creación?». Lo real crece gracias a «la penetración de lo desconocido que el poeta aspira nombrar» (Blasco 1990, p. 20). Así es como la poesía produce la «expansión de lo real», porque «crea una nueva realidad por la fusión de lo visible y lo invisible» (Martínez 1999, p. 27). Al realizar esta operación que no es otra cosa que la propia actividad poética, el ser humano hace patente que en lo real no todo es patente. La misión del poeta juanramoniano, según Maurer (2016, p. 68), es «ver el ideal tras la realidad», vislumbra la realidad invisible, es decir, que «el poeta saca a la luz lo mejor de lo que tiene delante».

§8. El poeta como claro

Así, se establece entre poeta y mundo un diálogo permanente, en el que el poeta —padre— crea (aumenta) el mundo —hijo—, pero también el mundo —padre— ilumina con sus verdades secretas al poeta —hijo—, de modo que ninguno puede dominar e imponerse al otro:

Yo era, soy tu padre, mundo;
 tú, mundo, eres padre mío.
 Ahora somos los dos padres.
 Ahora somos los dos hijos.
 Y tú no tienes que ser,
 padre, como yo te digo;
 y yo no tengo que ser
 como tú me tienes dicho;
 tú has de dejarme cantarte
 como te dejo yo mismo (Jiménez 1942-50, p. 89).

Se produce entonces, en palabras de Blasco (2011, p. 33), un «enriquecimiento mutuo entre la conciencia del poeta y la realidad exterior», y «en lo que toca al yo del poeta se concreta en un aumento de la conciencia». Rodríguez afirma acertadamente que entonces, en la creación poética, se produce un movimiento doble, pues hay uno que va de la riqueza latente de lo real a la conciencia del poeta, que se ensancha, y luego un movimiento desde la imaginación acrecentada del poeta hacia la realidad visible, que busca en ella lo invisible y la expansiva y amplía (cf. Rodríguez 2006, pp. 541-547). Los momentos en que el poeta ilumina y desvela lo invisible de las cosas, y las transfigura, son mágicos: «Majia divina / de estos instantes que trastornan / las cosas, y las hacen / otras» (Jiménez 1916-23, p. 93). Juan Ramón ha aumentado el mundo manifestando su lado invisible. Ese mundo descubierto/creado por el poeta se lo ha arrancado al mundo, pero también es suyo: «Yo le he ganado ya al mundo / mi mundo. La inmensidad / ajena de antes, es hoy / mi inmensidad» (Jiménez 1916-23, p. 61).

Esto significa que el mundo se continúa en el poeta porque tiene su verdad invisible desplegada en él. Al pensar el mundo y desvelar su sentido, es como si el propio mundo se pensase en él: «Todo en mí piensa» (Jiménez 1918, p. 126). La cosa se piensa, se desvela, llega a ser en su verdad, en el poeta, que entonces es el claro donde el mundo se aclara y se muestra en su verdad: «El poeta es el centro, el núcleo de ignición en que cobra sentido el mundo» (Jiménez 1948, pp. 312s). El término ‘claro’ como *Lichtung* ha tenido ciertamente una gran relevancia en el pensamiento de Heidegger. No obstante, en este trabajo no pretendemos establecer ninguna relación con la filosofía heideggeriana, a pesar del parecido que pueda tener con el tema de nuestro interés. Usamos el término únicamente a partir del significado que tiene en la lengua española la expresión ‘claro del bosque’, como lugar en el bosque poco tupido y despejado, con poca vegetación. Al poetizar, Juan Ramón parece pensar (poéticamente) las cosas. Pero realmente esta operación no consiste en una acción consciente del sujeto poeta hacia las cosas, sino más bien en que las cosas mismas se piensan, se desvelan y se aclaran en el poeta, convertido ya en claro, en lugar del despejarse de las cosas. La manifestación de la verdad del mundo no es resultado de una mera acción intelectual subjetiva hacia el mundo, sino que es el

propio mundo el que se piensa y se realiza en el claro que es el poeta. No es tanto pensamiento del sujeto poeta como aclararse del mundo en el poeta. Pero esta manifestación no es posible si el poeta no se ofrece como claro, como lugar del clarear de la verdad de las cosas, esto es, como lugar donde el mundo se piensa y se muestra en su verdad. En tanto claro, el poeta es luz, ámbito de iluminación del mundo: «Mi corazón lo iluminaba todo» (Jiménez 1916b, p. 67). Ser el claro es la aportación subjetiva del poeta. Gullón ha escrito que la poesía juanramoniana se afana «para encontrar la esencia de las cosas, pero no buscandola en las cosas mismas, sino en el claro espejo donde se reflejan: el alma del poeta» (Gullón 1960, p. 90). Resulta entonces palmario que el sentido de las cosas —la belleza— está en la conciencia del poeta como claro, pero es el sentido o la virtud ‘de’ las cosas, no del sujeto poeta. Las cosas, el mundo, se desvela en el claro de la conciencia del poeta, pero la conciencia no es el mundo. La inmanencia de la conciencia es fuente de trascendencia. Por eso ha podido hablar perspicazmente Juliá (2010, p. 200) de «un más allá inmanente» que es el que da en último término sentido. Con Bejarano y Llansó afirmamos que «si bien lo inmanente es de suyo algo (necesariamente) interno, la conciencia inmanente mentada como interna supone ya toda trascendencia» (Bejarano y Llansó 2008, p. 50). A este claro donde se descubre el sentido, y que Juan Ramón lucha por realizar, llama ‘dios’: «Creo en un dios inmanente. No sé si lo descubriré en mi propia vida» (Jiménez 1919-29, p. 329). La conciencia no se traga el mundo para —en clave subjetivista— ver la verdad de las cosas en la inmanencia de la conciencia, sino que el ‘interior’ de la conciencia deja de ser tal para erigirse en claro, esto es, en ámbito para ver el interior invisible del ‘fuera’, del mundo. La verdad y el sentido del mundo se constituyen en el inagotable diálogo al que ya nos referimos entre el mundo y el claro del poeta.

Solo así, y no desde un simple subjetivismo idealista, podemos interpretar estos versos de Juan Ramón: «¡No estás en ti, belleza innúmera [...] ¡Estás en mí, que te penetro/hasta el fondo [...] estás en mí, que te entro /en tu cuerpo mi alma / insaciable y eterna!» (Jiménez 1918, p. 137). A diferencia de Leopardi, para el que en 1826 «nada en la naturaleza anuncia el infinito», que consiste realmente en «un parto de nuestra imaginación [...], una idea, un sueño, no una realidad» (Leopardi 1997, p. 855 [4177-8]), Juan Ramón presiente el infinito en el mundo, aunque solo se dé en el claro de su conciencia poética. El poeta por tanto no ‘inventa’ nada, no añade nada a las cosas que no esté —invisible, latente— en ellas, aunque esperando ser pensado, realizado. La invisibilidad, el sentido (invisible) del mundo, no lo pone el poeta, se desvela en él. Por tanto, está en el claro que es el poeta, o sea, en la poesía, que en suma acaba siendo lo invisible mismo, puesto que solo en ella, en su claro, se desvela y realiza. En el claro que es la poesía, se hace visible lo invisible, pero además el propio claro, la poesía, es invisible. Ocurre como cuando vemos a través de un cristal lo que está detrás y atendemos a esos objetos. En esa situación, no vemos el cristal mismo, que nos es invisible. Así, nos relacionamos con lo que se aclara en el claro de la poesía, pero en principio no con el claro mismo, que queda como invisible condición de posibilidad de lo que se hace visible en él. El invisible claro de la poesía es un misterio. La poesía no anuncia meramente lo invisible que trasciende lo visible. La propia poesía es esa invisibilidad del sentido porque solo en ella se despliega, poética y misteriosamente.

§9. La disciplina del claro

Que las cosas se piensen en el claro que es el poeta equivale a decir, según Juan Ramón (1911b, p. 71), que «las cosas se piensan solas». Que el poeta sea el claro, el lugar donde las cosas se piensan y se aclaran, significa que el poeta las ‘observa’ en el doble sentido del término, es decir, que las contempla y examina con atención, pero también que acata y cumple lo que ellas dictan y mandan. Por eso Juan Ramón advierte que el poeta no puede ser claro si intenta dominar las cosas y no las deja ser para que ellas mismas se realicen. Para que las cosas sean las maestras, para ‘observarlas’, el poeta tiene que calmarse y disciplinarse: «Todo se hace solo. Nuestras cosas no nos piden más que disciplina, para realizarse bien y en calma» (Jiménez 1920-50, p. 25). En esta situación de disciplinado ofrecimiento del poeta a las cosas para que se verifiquen en el claro que es él, lo que teme el poeta es que las cosas, a pesar de todo, rehúsen la comunicación con el poeta:

¡Las cosas no quieren nada conmigo,
no quieren nada conmigo!
se me van de mí, se me cierran.
¡Cosas mías, cosas mías,
qué os he hecho más que amaros,
hijas mías, como a hijas.
¿También, además de a Dios,
os voy a perder a vosotras? (Jiménez 1916-23, p. 50).

De todo esto se deduce que el poeta, como claro donde se crea —visibiliza— la verdad del mundo, pertenece ontológicamente al propio mundo: «El cielo inmenso, azul y libre, / [...] tiene su otra mitad, libre y azul, / en mi infinito corazón. / Uno es del otro» (Jiménez 1917-23, p. 114). Además, así es como se entiende la ampliación juanramoniana de lo real mediante la idealidad «procedente del mundo interior del poeta», pues el claro de la conciencia del poeta en el que se continúa la realidad visible, «convierte a ésta en correlato del alma creadora» (Blasco 1981, p. 104). Y a esta alma —claro— en correlato y continuación del mundo, o sea, en lugar que forma parte del mundo y donde éste crece.

El poeta es el claro del mundo, pero cómo puede serlo, cuáles son los requisitos que ha de cumplir el poeta para ser el claro, qué condiciones se le exigen para poder desvelar la belleza, el sentido invisible de las cosas. Las protagonistas de esta operación, ha advertido Juan Ramón, son las cosas, pero también señala, al tiempo, que nos necesitan para llegar a ser en plenitud, para verificarse. Y lo que nos piden para que ejerzamos de claro y ellas aclararse es disciplina. Cuáles son las reglas de esta disciplina del claro. Además de insistir en que la belleza no es construcción nuestra, sino que se nos da, como una gracia, Juan Ramón afirma que tenemos que prepararnos para merecerla siendo entusiastas e inquietos. Esta es la primera regla que esta disciplina nos obliga a observar,

que a la belleza «no se llega nunca si su reino no se pone en contacto con nosotros, si ella no viene a nosotros, si no la merecemos con nuestra inquietud y nuestro entusiasmo» (Jiménez 1940, 70). El amor es la segunda regla. Sin amor a las cosas no nos mereceremos ser el claro donde se desvelen y nos ofrezcan sus más íntimos secretos, su ideal, su verdad:

Cuando contemplemos las cosas y los seres, los amemos, los gocemos; cuando tengamos su confianza, porque les hayamos dado la nuestra; cuando los consideremos conciencia plena y como plena conciencia nos manifiesten su contenido, tendremos su más hondo secreto, y así podrán ofrecérsenos como un ideal: que acaso el ideal sea solo un secreto que merezcan los más enamorados (Jiménez 1954c, p. 407).

La disciplina del claro exige al poeta amar el mundo visible. Recordemos los versos juanramonianos en los que se poetizaba que para acceder al fondo profundo y verdadero del mundo hace falta el amor: «Solo el amor / puede enardecer el ansia / de la profundidad alta» (Jiménez 1936-42, p. 57). Esta es la causa de que el poeta tenga que consagrar su corazón —su amor— al mundo, a lo que no es él mismo: «Siempre tengo mi corazón dado a lo otro» (Jiménez 1918, p. 38). El amor es la condición fundamental del claro y, por tanto, del desvelamiento y conocimiento de las cosas. Solo se ofrecen amorosamente y descubren sus secretos a quien las ama: «Las cosas aman a quien las ama» (Jiménez 1929-36, p. 405). Precisamente por ello, el amor es la fuerza que logra unir lo visible (tierra, cosas) a lo invisible (cielo, sentido): «Solo el amor, el ‘conocimiento’ fija a una tierra su cielo» (Jiménez 1936-49, p. 503). Por eso, Juan Ramón considera que «el amor es la poesía y la ciencia suprema de la vida humana» (1943, p. 60). Sin amor ni hay claro, ni en consecuencia poesía: «Yo creo solo y plenamente en la poesía como amor», pues «sin amor poco vale la poesía por mucho que cueste» (Jiménez 1936-37, pp. 73, 56). Amigo subraya que en Juan Ramón «el fenómeno poético es fruto del amor» (Amigo 1987, p. 201).

Recordemos que para el pesimista Juan Ramón el mundo era un vacío, pero precisa que lo es para quien ama: «Este mundo insuficiente para el que ama» (Jiménez 1937, p. 283). Para el amor ‘este’ mundo es insuficiente mientras se reduce a la materia visible e inmediata. Juan Ramón reconoce que, a pesar de su pesimismo, ama las cosas, el ser, aunque sea un amor que conoce el dolor: «Mi poesía, bien sé que es pesimista; sin embargo, creo que no falta en ella cariño a la naturaleza madre, aun cuando sea un cariño o una naturaleza doliente» (Jiménez 1912b, p. 334). Ahora bien, como agente fundamental del claro y de la manifestación del sentido, será el propio amor el que redima al mundo de su vacía insignificancia. El dolor del mundo no impide que las cosas quieran ser amadas por nosotros porque solo así pueden entregar sus tesoros de significado, es decir, su sentido y su verdad: «Árboles, aguas, flores, piedras en sitios de indiferencia, en la larga vida de las cosas. Qué siglos de dolor. Las cosas están deseando nuestro cariño, y, ¡cómo nos corresponden, cómo nos dan todas las imágenes, todas las abstracciones!» (Jiménez 2010, p. 116). La naturaleza, la tierra, sin amor y, por tanto, sin poesía, queda reducida a materia inerte, pura presencia yacente e insignificante: «Nada es la naturaleza sin amor» (Jiménez 1936-49, p. 547). Así es la relación dialéctica del amor con el mundo.

Por un lado, el que está lleno de amor y de energía percibe la pobreza del mundo visible ya dado, pero, por otro, esa energía es la misma que le permite enriquecerlo, erigiéndose en claro donde el mundo despliega sus verdades invisibles. Para Juan Ramón, el amor es un «redescubrimiento del mundo» (De Torre 1957, p. 60), la actitud que permite descubrir el sentido que alberga latente y que, sin él, quedaría nonato. El amor a las cosas tiene recompensa en forma de ideas e imágenes, de conceptos y símbolos. No puede extrañar entonces que Ríos estime que «el amor ocupe el lugar principal» en la poética juanramoniana (Ríos 2008, p. 223). La tercera regla que compone la disciplina del claro es la soledad: «La soledad es buena amiga de la bondad y de la belleza» (Jiménez 1904, p. 41). Sin el silencio de la soledad, el poeta no puede oír las cosas y dejar que se desvelen y se expresen en su conciencia/claro: «Mi peor necesidad es la del aislamiento absoluto de todo lo vivo [...] para mi ordenación del caos porque necesito oír el Cosmos» (Jiménez 1936-195X, p. 639). Los ruidos del mundo son enemigos de la constitución del claro.

§10. Conclusión: el poder salvífico de la poesía

Comenzábamos este trabajo con la herida abierta que representaban el mundo y la vida para Juan Ramón como un vacío y un sinsentido. El poeta como claro es el ámbito donde se recupera su sentido y su belleza. Como en Bécquer, también la poesía en Juan Ramón posee una dimensión práctica de salvación. Como cadencias del himno gigante y extraño que ha vislumbrado el poeta, la poesía becqueriana «anuncia en la noche del alma una aurora» (Bécquer 1868, p. 62). En la noche del mundo, el claro que representa la poesía de Juan Ramón se presenta como un cierre de aquella herida del absurdo y la insuficiencia. Es necesario que haya poetas turbulentos que abran heridas, que subviertan el orden e introduzcan el caos, pero Juan Ramón cree que también se necesitan poetas pacíficos que ordenen lo caótico, que den sentido y creen belleza:

Es bueno que haya poetas ruidosos, hasta estentóreos, del llanto y de la risa, pero ¿no lo es también que los haya callados y serenos para cuando necesitemos en la vida serenidad y delicadeza? ¡Quién pudiera ser un poeta de estos! Ser de los que ayudan con su canto a cerrar la herida, no a abrirla (Jiménez 1936-49, p. 594).

Estos poetas que cierran heridas son los poetas del claro. Para Juan Ramón, la poesía, mediante la belleza y el sentido que desvela, se ofrece para remediar la herida del mundo: «La vocación poética no puede alterarse por nada que ocurra en este mundo en que vivimos, puesto que ella es un gran remedio» (Jiménez 1953, p. 246). Este es el poder salvífico de la poesía. Las grietas por donde se cuele la nada en el mundo son tapadas con orden, sentido y belleza, y «¿hay algo más hermoso que consolar con la belleza ofrecida?» (Jiménez 1936-54, p. 107), subraya Juan Ramón. Juliá (2010, p. 220) confirma que el sentido de la obra poética juanramoniana es «instaurar la belleza en el mundo como consuelo».

La actividad poética de ejercer como claro del sentido, la verdad y la belleza tiene consecuencias prácticas tanto para el propio individuo como para sus semejantes.

Blasco (1981, p. 225) destaca que el poeta, «en la creación de belleza, encuentra un medio de autorrealización y, a la vez, una esperanza y una forma de inmortalidad». Además, Juan Ramón (1933, p. 234) asegura que «la poesía, como otras artes y ciencias altas, es un estímulo para la vida jeneral. El poeta que ha creado da con su voz un eco de su embriaguez a los demás». Juan Ramón siempre ha tenido muy presente que la poesía no es solo para él mismo, sino para los otros, especialmente para los seres humanos del futuro:

No tengo nada que ver
 con estos vivos de hoy.
 Mis amigos son aquellos
 que aún no han venido, y que, un día,
 habrán de venir.
 ¡Qué amor,
 entonces, entre yo y ellos;
 ellos, que dirán [...]
 ‘Ya no está aquí’;
 y yo, que digo [...]
 ... todavía no han venido! (Jiménez 1919-23, p. 137).

Juan Ramón concibe la actividad poética como una propuesta para el futuro. Sin duda, ha leído en Shelley que «los poetas son los legisladores no reconocidos [*unacknowledged legislators*] del mundo» (Shelley 1821, p. 76). A partir de Juan Ramón, Rey defiende que «todo gran poema es fundador de vida futura. El poeta es un engendrador de futuro, un padre del porvenir» (Rey 2017, p. 57). El poeta como claro de Juan Ramón se salva a sí mismo y salva a los otros.

REFERENCIAS

FUENTES PRIMARIAS

- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1903). «Glosario de *Helios*», en *Obra poética* II, t. 3. Madrid: Espasa-Calpe, 2005.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1903-16). «España», en *Viajes y sueños*. Madrid: Visor-Diputación de Huelva, 2008.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1904). «Carta a Rubén Darío», en *Cartas*. Madrid: Aguilar, 1962.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1906-07). *Olvidanzas*, en *Segunda antología poética (1898-1918)*. Madrid: Espasa-Calpe, 1976.

- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1911a). «Carta a Luisa», en *Cartas*. Madrid: Aguilar, 1962.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1911b). «Carta a Gómez de la Serna», en *Cartas*. Madrid: Aguilar, 1962.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1912a). «Carta a Unamuno», en *Epistolario I*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1912b). «Carta a José Marchena Colombo», en *Epistolario I*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1914). «Carta a Luisa», en *Cartas*. Madrid: Aguilar, 1962.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1916a). *Diario de un poeta recién casado*. Madrid: Taurus, 1981.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1916b). *Eternidades*. Madrid: Taurus, 1982.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1916-23). *Unidad*. Barcelona: Seix Barral, 1999.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1917-23). *Belleza*. Madrid: Taurus, 1981.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1917-24). *La realidad invisible*. Madrid: Cátedra, 1999.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1918). *Piedra y cielo*. Buenos Aires: Losada, 1968.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1918-24). *La muerte*. Barcelona: Seix Barral, 1999.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1919-23). *La obra*, en *Poesía escogida IV*. Madrid: Visor-Diputación de Huelva, 2011.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1919-29). «Actual; es decir clásico», en *Ideología (1897-1957) (Metamorfosis, IV)*. Barcelona: Anthropos, 1990.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1920-50). *Ideología II (Metamorfosis, IV)*. Moguer: Fundación Juan Ramón Jiménez, 1998.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1921-26). *80 nuevos aforismos (1921-1926)*. San Roque-Cádiz: Delegación de Cultura-Ayto. de San Roque, 1995.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1923-36). *La estación total con las Canciones de la nueva luz*. Madrid: Visor-Diputación de Huelva, 2006.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1929). *Vida y muerte de Mamá Pura*. Madrid: Visor-Diputación de Huelva, 2008.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1929-36). «Somos andarines de órbitas», en *Ideología (1897-1957) (Metamorfosis, IV)*. Barcelona: Anthropos, 1990.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1933). «Estado poético español. Poesía y poetría», en *Y para recordar por qué he venido*. Valencia: Pretextos, 1990.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1936-37). «Crisis del espíritu en la poesía española contemporánea (1899-1936)», en *Conferencias II*. Madrid: Visor-Diputación de Huelva, 2010.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1936-42). *En el otro costado*, en *Poesía escogida V*. Madrid: Visor-Diputación de Huelva, 2007.

- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1936-49). «El olvido no pierde nada», en *Ideología (1897-1957) (Metamorfosis, IV)*. Barcelona: Anthropos, 1990.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1936-54). *La isla de la simpatía*. Madrid: Visor-Diputación de Huelva, 2011.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1936-5X). *Sazón*, en *Vida (proyecto inacabado)*. Valencia: Pretextos, 2014.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1937). «El hombre inmune», en *La corriente infinita*. Madrid: Aguilar, 1961.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1940). «Poesía y literatura», en *Conferencias II*. Madrid: Visor-Diputación de Huelva, 2010.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1942a). «Lo popular», en *Crítica paralela*. Madrid: Narcea, 1975.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1942b). «Presentación en el radio del Coordinador», en *Política poética*. Madrid: Alianza, 1982.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1942c). «T. S. Eliot», en *Alerta*. Madrid: Visor-Diputación de Huelva, 2010.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1942d). «¿América sombría?», en *La corriente infinita*. Madrid: Aguilar, 1961.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1942-50). *Una colina meridiana*, en *Poesía escogida VI*. Madrid: Visor-Diputación de Huelva, 2009.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1943). «Carta a Luis Cernuda», en *Cartas literarias*. Barcelona: Bruguera, 1977.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1948). «Diez minutos con Juan Ramón. Entrevista», en *Por obra del instante. Entrevistas*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2013.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1949). *Dios deseante y deseado (Animal de fondo)*. Madrid: Akal, 2008.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1951-54). *Ríos que se van*, en *Poesía escogida VI*. Madrid: Visor-Diputación de Huelva, 2009.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1952). «Carta a Ricardo Gullón», en *Selección de cartas (1899-1958)*. Barcelona: Picazo, 1973.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1953). «Respuesta a una entrevista», en *La corriente infinita*. Madrid: Aguilar, 1961.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1954a). «Sucesos», en *La corriente infinita*. Madrid: Aguilar, 1961.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1954b). «Sobre el teatro para niños», en *Política poética*. Madrid: Alianza, 1982.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1954c). «Quemarnos del todo», en *Política poética*. Madrid: Alianza, 1982.
- JIMÉNEZ, Juan Ramón (1987). *Españoles de tres mundos*. Madrid: Alianza.

JIMÉNEZ, Juan Ramón (2010). «Las cosas que nadie ve», en *Ala compasiva*. Madrid: Visor-Diputación de Huelva.

LITERATURA SECUNDARIA

ALARCÓN SIERRA, Rafael (2016). «Juan Ramón Jiménez: el simulacro del otro y el fracaso de Pigmalión». *Bulletin of Spanish Studies*, v. 93, 5: pp. 823-837.

ALONSO, Amado (1960). *Materia y forma en poesía*. Madrid: Gredos.

AMIGO FERNÁNDEZ DE ARROYABE, María Luisa (1987). *Poesía y filosofía en Juan Ramón Jiménez*. Bilbao-Córdoba: Universidad de Deusto-Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba.

BÉCQUER, Gustavo Adolfo (1868). *Libro de los gorriones*, en *Obras completas*. Madrid: Cátedra, 2012.

BEJARANO, Rocío y LLANSÓ, Joaquín (2008). «Introducción general», en Juan Ramón Jiménez, *Dios deseante y deseado*. Madrid: Akal, pp. 15-61.

BLASCO PASCUAL, Francisco Javier (1981). *La poética de Juan Ramón Jiménez: desarrollo, contexto y sistema*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

BLASCO PASCUAL, Francisco Javier (1990). «Introducción», en Juan Ramón Jiménez, *Y para recordar por qué he venido*. Valencia: Pretextos, pp. 13-69.

BLASCO PASCUAL, Francisco Javier (2011). «Juan Ramón Jiménez: una poética de excepción». *Pensamiento literario español del s. XX*, v. 5. Eds. Túa Blesa et al. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, pp. 7-39.

COKE-ENGUÍDANOS, Mervyn (1983). «Towards a Poetry of Silence: S. Mallarmé and J. R. Jiménez». *Studies in 20th Century Literature*, v. 7, nº 2: pp. 147-160.

DE TORRE, Guillermo (1957). «Cuatro etapas de Juan Ramón Jiménez». *La Torre*, v, 19-20: pp. 59-60.

DEL OLMO ITURRIARTE, Almudena (2009). *Las poéticas sucesivas de Juan Ramón Jiménez. Desde el modernismo hasta los orígenes de las poéticas posmodernas*. Sevilla: Renacimiento.

DRAUS-KLOBUCKA, Agata (2017). *Juan Ramón Jiménez: el creador sin escape. Un proyecto inacabado a la luz de la teoría de la microficción*. Valladolid: Universidad de Valladolid.

ESTRELLA CÓZAR, Ernesto (2013). *'Espacio', poema en prosa de Juan Ramón Jiménez*. Madrid: Visor.

GULLÓN, Ricardo (1960). *Estudios sobre Juan Ramón Jiménez*. Buenos Aires: Losada.

JENSEN, Julio (2012). «Los conceptos de poesía y prosa en la obra de Juan Ramón Jiménez desde una perspectiva de la historia de las ideas». *Castilla. Estudios de Literatura*, nº 3: pp. 205-227.

JULIÁ, Mercedes (1988). *El universo de Juan Ramón Jiménez: un estudio del poema 'Espacio'*. Madrid: Ediciones de la Torre.

- JULIÁ, Mercedes (2010). *De la nueva luz. En torno a la poesía última de Juan Ramón Jiménez*. Huelva: Diputación de Huelva.
- LEOPARDI, Giacomo (1997). *Zibaldone*. Roma: Newton & Compton Editori.
- MARTÍNEZ TORRÓN, Diego (1999). «Introducción», en Juan Ramón Jiménez, *La realidad invisible*. Madrid: Cátedra, pp. 13-62.
- MAURER, Christopher (2016). *Juan Ramón Jiménez. El perfeccionista. Hacia una poética del trabajo*. Madrid: Fundamentos.
- NOVALIS (Friedrich von Hardenberg) (1798). «Fragmente des Jahres 1798», en *Neue Fragmente, Schriften, Band II: Das philosophische Werk I*. Stuttgart: Kohlhammer, 1965.
- PAU, Antonio (2000). *Juan Ramón Jiménez. El poeta en el jardín*. Madrid: Trotta.
- PIEDRA, Antonio (2005). «Notas», en Juan Ramón Jiménez, *Cuentos largos, Obra poética*, v. II, t. 4. Madrid: Espasa Calpe, pp. 928-936.
- REY, José Luis (2017). *En el blanco infinito. Juan Ramón Jiménez*. Madrid: Huerga y Fierro.
- RÍOS, Emilio (2008). «El concepto del amor en Juan Ramón Jiménez». *Juan Ramón Jiménez. Poesía y pensamiento* Ed. Luis Miguel Arroyo. Huelva: Universidad de Huelva, pp. 219-251.
- RODRÍGUEZ PEQUEÑO, Mercedes (2006). «Teoría poética de Juan Ramón Jiménez sobre el proceso de creación». *Juan Ramón Jiménez: Premio Nobel 1956. Catálogo de la exposición*. Eds. Francisco Javier Blasco y Antonio Piedra. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, pp. 535-549.
- SERRANO SANZ, Emilio (1983). «Hierofanía solar en la obra poética de Juan Ramón Jiménez», en *Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del Centenario de Juan Ramón Jiménez*, t. II. Huelva: Diputación de Huelva, pp. 537-543.
- SHELLEY, Percy Bysshe (1821). «A Defence of Poetry». *Toward the Open Field: Poets and the Art of Poetry, 1800-1950*. Ed. Melissa Kwasny. Middletown CT: Wesleyan University Press, 2004, pp. 48-76.
- STEVENS, Wallace (1934-40). «Adagia», en *Opus Posthumous*. London: Faber, 1990.
- XIRAU, Ramón (2001). *Entre la poesía y el conocimiento: antología de ensayos críticos sobre poetas y poesía iberoamericanos*. México: FCE.

The invisible in the visible. The poet as clearing of the world in the poetry of Juan Ramón Jiménez.

In the time of positivism of scientific reason, Juan Ramón Jiménez experiences the world as a void of meaning. Juan Ramón considers that in the visible of the world there is a latent invisible dimension and that, in it, lie the truth and the sense of things. The mission of poetry is to unveil this invisibility. Poetry then focuses on the visible, finite and temporal, and there it searches for meaning, the eternal and infinite. What Juan Ramon's

poetry does is to eternalize the temporal and visible. But the unveiling of the world is endless because the invisible cannot be said completely. The world is given as a permanent play of the visible and the invisible. Here we show that the poet is the clearing where the world is unveiled. Things themselves become clear in the poet. To be the clearing, the poet has to deserve it, has to love things and needs solitude. Poetry as a clearing is a power of salvation that remedies the wound of the senseless world.

Keywords: Poetry · Sense · Beauty · Eternity · Infinite

Lo invisible en lo visible. El poeta como claro del mundo en la poesía de Juan Ramón Jiménez.

En la época del positivismo de la razón científica, Juan Ramón Jiménez experimenta el mundo como un vacío de sentido. Juan Ramón considera que en lo visible del mundo existe una dimensión invisible latente y que, en ella, están la verdad y el sentido de las cosas. La misión de la poesía es desvelar esta invisibilidad. La poesía entonces se centra en lo visible, finito y temporal, y ahí busca el sentido, lo eterno e infinito. Lo que hace la poesía de Juan Ramón es eternizar lo temporal y visible. Pero el desvelamiento del mundo es interminable porque lo invisible no se puede decir totalmente. El mundo se da como un juego permanente de lo visible y lo invisible. Aquí mostramos que el poeta es el claro donde el mundo se desvela. Las cosas mismas se aclaran en el poeta. Para ser el claro, el poeta tiene que merecerlo, tiene que amar las cosas y necesita la soledad. La poesía como claro es un poder de salvación que remedia la herida del mundo sin sentido.

Palabras Clave: Poesía · Sentido · Belleza · Eternidad · Infinito

* * *

ANTONIO GUTIÉRREZ-POZO es Doctor en Filosofía, Catedrático de Estética y Teoría de las Artes en Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla (España). Cinco Sexenios de Investigación de Aneca. Correo electrónico: agpozo@us.es ORCID: [0000-0003-4143-1854](https://orcid.org/0000-0003-4143-1854). Contacto: Facultad de Filosofía, Universidad de Sevilla (Sevilla, España) ORCID: 0000-0003-4143-1854